

POLITICA GUBANA

LA SUPERVISION ELECTORAL

El Partido Liberal se encuentra en la más difícil de las situaciones. El dilema planteado por un grupo de sus directores sobre la necesidad de una supervisión electoral americana, ha causado profundo disenso entre la masa, entre el grueso del Partido. Piensan los favorables a esa medida extrema, que es preferible una fiscalización de los Estados Unidos en las elecciones generales, que un choque violento de pasiones, después de esas elecciones. El argumento no es débil; pero los contrarios, los que preferirían cualquier resultado cubano por malo que fuera, a que otro poder extraño ejerza la tutela de su cordura y de su capacidad cívica superior, arguyen que el patriotismo, el verdadero sentimiento nacionalista, repugna y repulsa la ingerencia extranjera porque no es posible que la independencia cubana, por un prurito obcecado, quede a merced de la decisión de Washington a virtud de la solicitud de los propios cubanos. Siempre las cosas del espíritu han tenido un mérito sugestivo innegable. Y los opositores a la supervisión electoral americana, aplican con éxito hasta cierto punto, ese sistema persuasivo. Se hace muy duro, durísimo, el aceptar las responsabilidades dimanantes de un acuerdo tan radical como ese que desea un grupo de directores del liberalismo. La conciencia patriótica, el ideal soñado en aquellos lustros de sacrificios, parece desaparecer en un horizonte preñado de peligros. No se trata de una opinión, más o menos respetable de tal o cual personaje. Se trata de algo más grave, de algo más trascendental, de una resolución de un Partido, del Partido de la oposición, que por ella confiesa una enorme, una alarmante desconfianza interior. Cuando Cuba daba sus pasos para la Constituyente, surgieron ambas corrientes de ideas. Unos combatían de un modo tenaz, irconciliable, la Enmienda Platt, que apendizaba la Carta Fundamental de la República al nacer. Otros aceptaban ese apéndice como un mal menor. Recordamos que un patriota de los merecimientos de Manuel Sanguily, hoy Presidente del Nuevo Partido, enemigo de la supervisión electoral, declarábase líder de los "plattistas" no porque creyera que esa era una solución uniforme a los sentimientos, a la conciencia del pueblo cubano, sino como principio salvador para la formación de nuestra nacionalidad. Como este es el país de las viceversas, el principal opositor a la teoría del señor Sanguily, fué el autor de la moción que la Asamblea Nacional del Partido Liberal acordó para pedir la ingerencia extranjera en nuestros asuntos. Y hoy, los liberales, los naturales adversarios de la Ley Platt, se acogen a ella como un manto protector. No vamos a discutir si tienen o no razón los liberales. Aquí a todo el mundo le sobra razón y a todo el mundo le falta. Ese no es nuestro caso. Lo principal para nosotros es apuntar las consecuencias de una determinación de la importancia de esa. Saber, por lo menos, deducir, si no tendrá en un futuro, más o menos remoto, una repercusión moral tenebrosa. Hasta ahora el país se encuentra dividido en dos grandes núcleos de opinión. De un lado los conservadores. Del otro, los liberales. Pueden estos últimos dividirse, combatirse ferozmente, pero ninguno de esos grupos puede repudiar los principios básicos del liberalismo. Alfredo Zayas, redactó y firmó la moción interventora. José Miguel Gómez la aconsejó y la acepta. Y naturalmente, si el cisma liberal mantiene la doctrina en cuanto al mismo programa, nos enfrentamos con que un numeroso conjunto de cubanos, está dispuesto a renunciar, aunque parcialmente, a sus atribuciones ciudadanas en gracia a la paternal guía de un Poder que no es el autóctono. Esa inclinación, ese declive de nuestros pensamientos, de nuestras acciones, es el síntoma que al patriotismo, al nacionalismo profundo, pone sobre aviso y le obliga a un llamamiento general como recurso

61

supremo. Estamos en una época, según algunos, de afianzamiento de las nacionalidades. En la opinión de otros, a pesar de la jactanciosa protesta de todos sobre la propia determinación de los pueblos a gobernarse, es un momento el actual, de peligroso riesgo. Nunca como ahora hay tan marcada tendencia a la fraternización universal, de acuerdo con la necesidad de acabar de una vez con la sangría horrorosa de las guerras. Esa atracción, ese asentimiento de multitud a multitud, trae el resultado inmediato a una total indiferencia por el concepto patrio, que es, a juicio de los modernos predicadores, estrecho y egoísta. No cabe en lo posible que EL MUNDO esté conforme con sistema tal. Por su deber lo anota y ofrece la oportunidad de un reflexivo razonamiento. Cuba no se halla en igual plano que esos pueblos que giran alrededor de tales teorías. Sin embargo, si las aguas siguen el curso de hoy, esa simpatías fraternizadoras de pueblos, la puede perjudicar, porque el debilitamiento de sus fundamentos nacionales, no se tendría en cuenta en una política exterior habida cuenta de que en las otras zonas, si no por idénticos males, el resultado es igual. Nada implicaría para nosotros que la conducta del Partido Liberal de Cuba, alcanzara sólo el límite que sus directores conciben y quieren: el de una metódica y sana labor civil en un momento determinado. Es que se llega a un plano resbaladizo. Y poco a poco, por nuestros propios pasos, vamos abandonando lo que para los cubanos de corazón debía ser el sagrario de sus amores: la soberanía republicana. El Gobierno de los Estados Unidos ha sido siempre para Cuba un poder amigo. Su buena fe la hemos comprobado. Y por ellos, por los yanquis, sinceramente lo decimos, no tememos nada. Es prenda de garantía para las firmes relaciones de las dos Américas, el respeto por parte de los Estados Unidos a la libertad de las pequeñas repúblicas latino-americanas. Ellos lo saben y por saberlo, dan a Cuba la oportunidad de robustecer su independencia y de levantar su moral política. El enemigo, por tanto, no está en el vecino poderoso y fuerte. El enemigo está en nosotros. Y siendo así, deber de todos es el esforzarse, el resolverse, el juramentarse, para que seamos por el milagro de la voluntad el curador solícito de nuestros males, no tan ingénitos como producto de nuestra defectuosa educación.

El Mundo
sep 25/1919